

bajo de escisiparidad<sup>1</sup>. Hasta los animales fueron divididos en castas: la rata de las palmeras, que trepa á la cima de los árboles y se nutre de alimentos escogidos, pertenece á buena casta; el cuervo, ave lúgubre de la muerte, es considerado como ser de clase impura y vil.

Las primeras edades de la raza aria en la India no fueron ciertamente, á pesar de cuanto digan los Brahmanes interesados en el asunto, un período caracterizado por la dominación de los sacerdotes. Durante la conquista, el poder supremo perteneció sin duda á los guerreros, y los sacerdotes que les acompañaban sólo tenían un derecho secundario, el de rogar para que descendiera el favor de los dioses sobre las armas de sus señores: no se habla de una manera formal de las castas más que en un solo pasaje del Rig-Veda<sup>2</sup>, aunque el conjunto de los textos hace constar ciertamente la existencia de grandísimas desigualdades sociales. En aquella época, la casta superior era aún la de los Kchatryas, pero con el ejercicio del poder, los hijos de los antiguos jefes de bandas, corrompidos por el goce de privilegios hereditarios, cayeron en la red de las maquinaciones y de las intrigas sabiamente tejidas por los astutos Brahmanes, aduladores de la monarquía. Haciendo gran ostentación de moralidad, comprendiendo en ella la benevolencia y la caridad hacia los pobres, los cantores, los poetas y los sacrificadores brahmanes terminaban siempre sus himnos por una petición de una franqueza casi cínica: «¡Dadme una casa rica en caballos, en vacas, en oro! ¡Dadme dos, diez vacas! ¡Dadme doscientas diez vacas! ¡Dadme diez millones de vacas! ¡Dadme por centenas, por millares, presentes sólidos!»<sup>3</sup> Así fué como acrecentando sus bienes, aquellos mansos hombres, aunque no reinando en persona, llegaron á ser, no obstante, los dueños del país y repartieron estrictamente la masa de la población hindu en esa extraña jerarquía de clases claramente separadas las unas de las otras, y obligadas á abandonar toda idea de derecho personal y de iniciativa, para no tener otro ideal que el de «guardar sus distancias».

Del Audh, que fué el centro del arianismo dominador, el sistema

<sup>1</sup> Nelson, *Madura Country*.

<sup>2</sup> Z. A. Ragozin, *Vedic India*, p. 281.

<sup>3</sup> *Rig-Veda*. Trad. de Langlois.

de las castas se extendió por toda la India hasta la extremidad meridional de Ceylán. No existe palabra en ningún lenguaje dravidiano para expresar la idea de

la separación absoluta de los hombres en grupos irreductibles: el término *jati*, empleado en el país, es, como la cosa misma, de importación aria. ¡Regalo terrible de los «civilizadores!»<sup>1</sup> Los invasores procedentes del Norte fueron quienes, colocándose á la cabeza de la sociedad para vigilarla en silencio, atribuyeron á cada clase, en la división del trabajo, una tarea constante, inmutable, unida al individuo como su osamenta y su piel. En cuanto á los Brahmanes, están por encima de toda casta; llevan sobre el hombro el hilo de cuatro hebras que los hace «dioses sobre la tierra». Ellos son los depositarios de la voluntad y del poder;

«ellos quienes tienen las llaves del paraíso y del infierno». «En mi voluntad, dice el brahmán, en mi voluntad tomo tu corazón y tu pensamiento sigue mi pensamiento». «Hasta mendigando el brahmán es superior á los reyes». El soberano que han consagrado los sacerdotes como dueño del pueblo no es su dueño; los sacerdotes no



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

BRAHMÁN Y BRAHMINA EN TRAJE DE SACRIFICIO

Fragmento del carro sagrado  
destinado al paseo de los dioses.

<sup>1</sup> William Logan, *Malabar, Madras*, 1887-1891.

obedecen más que al soma <sup>1</sup>, es decir, á su inspiración. El licor sagrado era para ellos, no la bebida que embriaga al pueblo, sino su voluntad, su puro é infalible capricho.

Gracias al aislamiento relativo en que se hallaban los Arios de la India sub-himalaya, viviendo alejados del mar y careciendo de relaciones, altaneros y reservados como eran, sino con las poblaciones despreciadas de los contornos, su evolución moral y religiosa se iba efectuando, por decirlo así, en vaso cerrado: así había de llegar plenamente á su término lógico, puesto que no había tenido ocasión de mezclarse con elementos extraños, y en efecto, la casta de los sacerdotes no tomó en parte alguna tan gran imperio, aun sin haber de apoyarse sobre el «brazo secular», por la pura ilusión de la autoridad divina que les aseguraba el consentimiento universal.

El aislamiento absoluto de los Brahmanes, adquirido no solamente por el nacimiento, sino también por el estudio, por la obediencia á los profesores y la sumisión á las fórmulas, frecuentemente por el desprendimiento y las maceraciones, no llegaba, no obstante, á hacerles dichosos, y, aun siendo dioses, tenían que buscar esa felicidad que había huído de ellos. Tal fué ciertamente una de las causas de la gran revolución religiosa que se produjo bajo el nombre de budhismo, aunque esta causa sólo obrase sobre los hombres que estaban en condiciones necesarias para entregarse á las especulaciones intelectuales: una revolución profunda que remueva la masa entera de la nación, no podía hacerse sin que brotara del fondo mismo de las condiciones sociales. Si los orígenes esenciales del movimiento búdhico han sido olvidados y hasta ignorados, débese á que los historiadores á quienes faltan datos precisos del tiempo se inclinan á contentarse con los únicos vestigios auténticos y seguros que tienen á su disposición: estudian solamente los dogmas y las enseñanzas religiosas, la organización eclesiástica, los mil detalles subsiguientes de las luchas que siguieron á los acontecimientos desconocidos de la explosión primera. Y esta manera de proceder les expone á engañarse por completo, es decir, á confundir el fin con

<sup>1</sup> H. Oldenberg, *Buddha*, ps. 14, 15, etc.

el principio, á ver la evolución regresiva en lugar del período de formación, á estudiar las instituciones salidas del movimiento y no las razones mismas que le determinaron. Se hallan en la situación de un pintor que, no habiendo penetrado jamás en una ciudad espléndida, se ingeniase en representar su aspecto en vista de las callejuelas y los senderos de los arrabales.

En esas condiciones, la ilusión de la óptica intelectual es fatal, con mayor motivo si se considera que por el desarrollo mismo de las ideas en fermentación, la lucha de las fuerzas toma caracteres muy diferentes en el origen de los acontecimientos, en el corazón del conflicto y hacia el período de retroceso que sigue á la crisis. Lo que se hubiera presentado al principio como una revolución social no parece ser al final más que una simple restauración del antiguo estado de cosas.

Se ha podido hacer constar ese contraste de las ideas de una manera notable á propósito del budhismo hindu. Ordinariamente no se estudia más en este acontecimiento capital que la persona legendaria ó hasta completamente mítica de su fundador, que la significación precisa de los dogmas ó hasta de tal ó cual palabra empleada por sus codificadores ó comentadores; pero el budhismo tiene su importancia como revolución mayor, moral y social, y para darse cuenta de ello es necesario evocar el pasado de las edades que precedieron á este período, exponer cuáles eran los elementos sociales existentes á la sazón y de qué manera se establecía el equilibrio.

Sabido es que las poblaciones dominadas eran entonces muy desgraciadas en la India y que la clase dominante había logrado, sistematizando la división por castas, hacer que se aceptase su servidumbre por la mayor parte de los vencidos. La triste multitud de los «diablos», de los «cerdos», de los «perros», como se denominaba á los autóctonos envilecidos, se colocaba, dolorosa y resignada, en las gradas inferiores de la gran pirámide jerárquica; pero hubo rebeldías en que la transición de la independencia á la esclavitud fué demasiado brusca, y es un hecho notabilísimo que el punto de origen de la religión búdhica fué precisamente la comarca situada al oriente de ese río Sadanira, durante tanto tiempo infranqueable

á los invasores arios <sup>1</sup>. Después de haber resistido primeramente por las armas, los habitantes de esos países opuestos á la servidumbre continuaron la lucha en otro terreno, el del pensamiento y de la voluntad. Tal fué la génesis de la revolución búdhica que tendía hacia un ideal de igualdad, hacia la supresión de las odiosas castas. Verdad es que después se constituyó gradualmente una nueva casta, la de los sacerdotes budhistas, que se esforzó en representar esa revolución como una sombra sin cuerpo, para despojarla de todo carácter económico y social, dándole una significación puramente ideal y mística: toda Iglesia cuida piadosamente de ocultar sus orígenes revolucionarios.

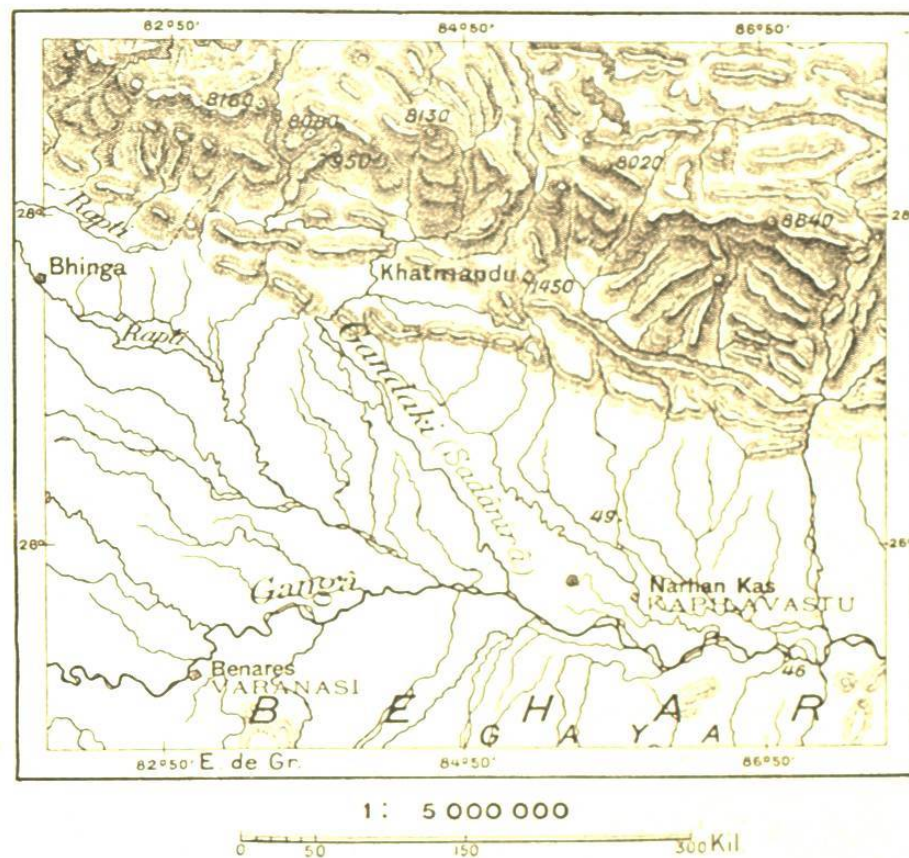
Conócese la leyenda: en una época indeterminada, pero evaluada por término medio en unos veinticuatro y medio ó veinticinco siglos antes de nuestro tiempo <sup>2</sup>, cuando, por un movimiento paralelo se hacían con Pitágoras y otros filósofos tentativas de sociedades ideales en las comarcas ribereñas del Mediterráneo, nació en Kapilavastu, al borde de un torrente que desciende del Himalaya hacia el río Ganga, un noble, quizá un príncipe, Siddhartha, de la familia de los Çakya ó de los «Poderosos». Se casó y tuvo un hijo, tradición que favorece la idea de la existencia real del personaje Budha, porque los discípulos dejados á su libre inventiva, seguramente hubieran elevado su maestro por encima de esos estados, reputados como inferiores, matrimonio y paternidad. Hasta la edad de veintinueve años vivió en su palacio gozando de todo el bienestar aparente de una existencia suntuosa, pero la vista de todas las desigualdades sociales á las que él mismo contribuía por el solo hecho de su poder, y que imposibilitaba toda fraternidad humana, le roía como un remordimiento, y, saliendo de su rica casa, despidió todos sus chambelanes y servidores, vistióse con un traje de lo más pobre entre los pobres, abandonó el país de los Arios vencedores, atravesó el Ganga para dirigirse á los bosques del Sud, en medio de los Dasyus, desterrados y perseguidos, y allí vivió en la meditación y el desprendimiento. Algunos discípulos le acompañaban, brahmanes probablemente. Pero en vano buscó la paz durante seis, siete ó diez años,

<sup>1</sup> Hermann Oldenberg, *Buddha*, p. 11.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 97.

según las leyendas: muchas veces debió luchar contra su desesperación, figurada en las imaginaciones populares por el dios de la Muerte.

N.º 244. India de los orígenes búdhicos.



Según Cunningham, la ciudad actual de Narhan Kas, está en el sitio que ocupó la antigua Kapilavastu; otros la buscan en la gran revuelta del alto Rapti.

Dícese que Gautama recorrió los campos y las ciudades del Ganga medio antes de llegar á Benares. Proclamaba la buena doctrina durante los ocho meses de estación seca, y, de Junio á Octubre, durante las lluvias, se ocupaba en formar discípulos para el apostolado.

Katmandu es la capital del Nepal donde un budhismo muy mezclado es, todavía en la actualidad, la religión oficial de una gran parte de la población.

Al fin comprendió que el hombre no se debe á su tristeza y que rumiar sus pesares, sus virtudes, su orgullo, su propia justicia, y saborear cómodamente una melancolía poética, olvidando sus hermanos que padecen allá lejos, que luchan y que sufren en el gran

combate por la existencia, es una forma vergonzosa y cobarde de egoísmo. Solicitado de rodillas por Brahma, que bajó del cielo para implorarlo, abandonó las selvas de Gaya, y solo, porque sus discípulos escandalizados continuaron en su aristocrático desprecio del género humano, apareció en la gran ciudad de Benares predicando en las calles, en las plazas públicas y en las gradas que descienden hasta el río, la buena nueva de la fraternidad. No más reyes, ni príncipes, ni jefes, ni jueces; no más brahmanes ni guerreros; no más castas enemigas que se odian recíprocamente; ¡hermanos todos, camaradas, compañeros de trabajo en común! Todos los seres se equivalen según el Budha, las plantas, los animales, los hombres, lo mismo los viciosos que los virtuosos, y cada uno de nosotros no debe tener otra ambición que la de hacer bien á todos. Nadie debe enorgullecerse, nadie ha de humillarse, cada uno está en su lugar, toda jerarquía está suprimida: ya no queda papel para que lo represente la autoridad, ese hecho brutal que los amos consideran como un «principio».

Se ha querido negar al Budha y aun á todo Hindu, hijo de Ario ó hijo de Dravidiano, toda veleidad revolucionaria dirigida contra el mismo sistema de la casta, es decir, contra la desigualdad social. Según Oldenberg, «todo pensamiento de reforma en la organización del Estado, todo sueño de un ideal terrestre, de una piadosa utopía referente al derrumbamiento de las instituciones, es absolutamente extraño al budhismo»<sup>1</sup>.

Esta afirmación sería indudablemente justificada si nos atuviéramos á las enseñanzas que nos han transmitido los discípulos de los discípulos de Budha; porque después que hubo desaparecido la primera veneración de los entusiastas, y que, por la fuerza de gravedad, la sociedad removida en sus profundidades hubo recobrado su equilibrio, poco diferente del que había precedido la crisis, ¿no era inevitable que la interpretación se hiciese de manera que diera el sentido de los acontecimientos anteriores de conformidad con la contrarrevolución que después se había realizado? Se negó toda intervención consciente y voluntaria de parte del pueblo despre-

<sup>1</sup> Obra citada, ps. 155 y 156.

ciado; no se quiso admitir que la multitud de abajo hubiese atacado las nobles instituciones de las castas superiores, y, por una operación de alta alquimia en que se reconoce perfectamente la habilidad de los sacerdotes, trató de darse un sentido puramente moral y mítico á la igualdad tal como la comprendía Siddhartha. En un discurso de los intérpretes, la revolución toma un carácter estrictamente espiritual: «Así como los grandes ríos, por muchos que sean, el Ganga, el Djamna, el Aciravati, el Sarabhu, el Mahi pierden sus antiguos nombres cuando entran en el Océano y no tienen otra denominación que la de «Vasta Mar», así, oh, discípulos, esas cuatro castas, los Nobles y los Brahmanes, los Vaiçyas y los Sudras pierden el nombre y la raza cuando, conformándose con la doctrina y con la ley proclamada por el Budha, renuncian á la patria y se desprenden de la tierra».

Por una sutilización análoga de todo lo que se refiere á la desigualdad social, á la pobreza y á la enfermedad, los comentadores budhistas no han visto en los «cuatro deberes» de la enseñanza inicial más que deberes puramente morales, en tanto que el sentido natural de esta enumeración parece haberse circunscrito á lo que se llama en nuestros días la «cuestión social». Estos cuatro deberes son: «conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y hallar el remedio».

Más aún: como el equilibrio moral trae consigo la supresión de todo deseo, se inclinó fácilmente la enseñanza búdhica hacia el pesimismo, hacia la muerte voluntaria y la supresión de la familia. «El asceta Gautama ha venido, dice un comentario, para traer la falta de hijos, la viudedad, el fin de las generaciones»<sup>1</sup>. La humanidad misma hubiese sido condenada á muerte. Resultaba de esta tendencia, derivada del budhismo primitivo, cierto rebajamiento de la mujer, considerada como la tentadora temible; las mujeres no eran admitidas tan fácilmente como los hombres en el número de los sectarios del Budha: sus conventos se tenían como inferiores en dignidad á los que habitaban los frailes. Hasta el dogma llegó á establecer que la mujer no podía elevarse al rango de Budha sino á condición de renacer en el cuerpo de un hombre<sup>2</sup>.

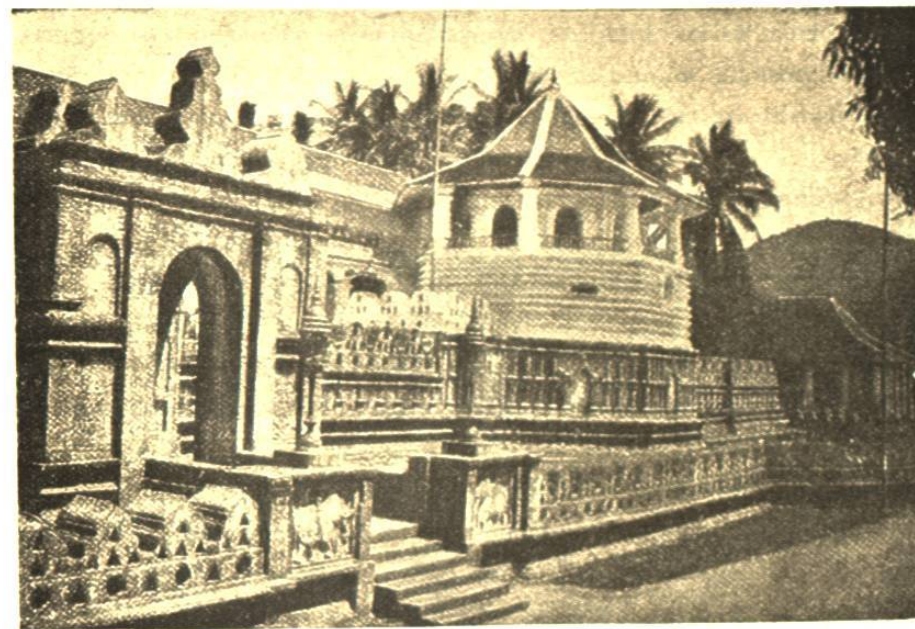
<sup>1</sup> Max Schreiber, *Buddha und die Frauen*.

<sup>2</sup> *Ibid.*; — G. Oppert, *Globus*, 10 Diciembre 1903, p. 352.

La reacción era fatal por varias razones, unas inherentes al mismo budhismo, otras procedentes de los ataques del exterior. En primer lugar una rebeldía dirigida nada menos que á la abolición de las castas debía por consecuencia l6gica llegar hasta la desaparición de los seres imaginarios que pueblan el cielo. En lo sucesivo el prudente habia de buscar el móvil de sus acciones, no en la voluntad de los clérigos considerados como intérpretes de la divinidad, sino en sí mismo, en su anhelo de justicia y de bondad, haciendo consistir su religión, no en la obediencia, en la esclavitud del juicio, sino en la dignidad de su propia vida y en el amor perfecto de sus semejantes, de todos los seres animados.

El ideal era grande ciertamente, pero no podia realizarse sino muy parcialmente en una sociedad fundada sobre una concepción tan diferente de las cosas. Levantar todo el peso del pasado, derribar á la vez todas las instituciones malas, renovar el concepto mental y la práctica de los hombres, era obra demasiado grande para unos propagandistas á quienes faltó rápidamente el entusiasmo del principio, y, por tanto, hubo de manifestarse necesariamente un doble movimiento de reacción: en unos sencillamente por traición, por el paso interesado al campo de los brahmanistas enemigos; en otros por la clausuración miedosa, el cenobitismo, la huida del individuo fuera del mundo.

En el sitio mismo de la selva donde Siddhartha se habia refugiado, se elevaron templos en honor del «anacoreta» por excelencia, designado desde entonces bajo el nombre de Çakya-Muni. El país donde el rey convertido en mendigo habia proclamado la igualdad de los hombres, no tardó en convertirse en comarca de parásitos privilegiados que vivían en los monasterios: de ahí el nombre de Vihara «Tierra de los Monasterios», nombre que subsiste aún. Esa tierra es la provincia de Bahar. Por la renuncia á las luchas del mundo miles de hombres pensaban alcanzar ese equilibrio del Nirvana que el Budha queria obtener por el continuo y triunfante esfuerzo. Parece, en efecto, natural á los débiles sus traerse al combate de la vida, del cual se sale siempre, si no vencido, al menos mortificado; paréceles bien confiarse en su melancolía, en la tristeza de las cosas, ó sino en la satisfacción de su justicia. Vivirán en lo sucesivo en su retiro, en medio de los ár-



TEMPLO DE BUDHA EN LA CUMBRE DEL PICO DE ADAM

De una fotografía.

(Véase página 185)

boles y de las flores, lanzando sobre la extensión del mundo una mirada desdeñosa, haciéndose una nueva armonía de las cosas por la evocación solitaria, ó buscarán el reposo infinito del pensamiento, pero sin exponerse al espectáculo, al drama del suicidio, que necesita cierta actividad: se dejarán morir. ¿No es esa renuncia del que antes era revolucionario, una traición, equivalente á la del tunante que se coloca entre los satisfechos?

Además, el odio de los enemigos directos hizo el resto para la destrucción del budhismo. Los privilegiados de la raza, del nacimiento y de la fortuna que no querían rozarse con la turba de los Sudras y de los Tchandalas, con los «perros» y los «cerdos», no podían tolerar las nuevas ideas de igualdad. Pero de pronto se apresuraron á conceder á los discípulos la glorificación del apóstol, en cuanto éste hubo desaparecido y no hubo ya temor de verle terminar su obra. Se le transformó en un personaje más que divino, se hizo de él un «Budha», es decir, «despierto», «ilustrado», «sabio». Se pretendió que era la novena encarnación de

Vichnu, una de las divinidades supremas; todos los actos de su vida fueron otros tantos milagros, sus palabras se cuajaron en dogmas, y nació todo un mundo de sacerdotes para codificar su doctrina y para reconstituir las instrucciones del pasado bajo nuevas denominaciones. Así vemos el budhismo fundirse gradualmente en el antiguo brahmanismo, hasta cuando triunfa en apariencia.

Porque, en efecto, hubo un momento de triunfo oficial, trescientos años de la fecha probable del nacimiento de Çakya-Muni; así como después, por un movimiento paralelo, el emperador Constantino había de matar el cristianismo inaugurándole como religión del Estado, así también un rey de Behar, Açoka, dió el carácter oficial al culto de Budha, nombrando 64 000 sacerdotes, verdaderos funcionarios religiosos con sueldo regular del presupuesto. Él también, como lo hicieron sus imitadores inconscientes, los emperadores de Bizancio, reunió concilios para fijar los dogmas, para determinar el valor preciso de las palabras y quitarles todo carácter que no fuese puramente místico, hizo revisar el canon de las « Buenas Nuevas » ó Evangelios para no recopilar más que las ideas aceptadas en alto lugar; estableció un ministerio de inquisición para velar por la pureza de la fe, y, como los misioneros españoles en el Nuevo Mundo, lanzó edictos á los pueblos bárbaros para obligarles á seguir su culto.

Sin embargo, preciso es hacer constar que aún quedaba en el mundo búdhico algo de los principios de dulzura y tolerancia que había profesado el Budha, y que desde luego correspondía perfectamente á los sentimientos naturales de la población agrícola, habituada á la vida dulce y pacífica de los campos, rimada por la cadencia de las estaciones. Aunque las castas hubiesen sido restablecidas, todas las proclamaciones reales hablaban de la fraternidad humana y del deber de esparcir la instrucción entre las mujeres y los niños lo mismo que entre los hombres. Á lo largo de los caminos se construyen fuentes y se plantan filas de árboles frutales para los viajeros. Todas las ciudades tienen sus hospitales para los hombres y para los animales enfermos. Los reyes, en grandes fiestas convidaban á su pueblo y á los extranjeros, y el inmenso banquete era presidido por el rey revestido de harapos; pero aquel hombre ha-

raposo no dejaba de ser el amo, y aquella comida en común no procedía de la cosecha colectiva, sino del impuesto cobrado por los exactores.

Cuarenta inscripciones grabadas sobre pilares y rocas á la entrada de las cavernas tenidas por santas recordaban sus deberes al pueblo y le excitaban á la propaganda religiosa, no por la espada, sino por la palabra. Todavía existen algunos de esos sermones lapidarios y atestiguan el celo que animaba en aquella época á los misioneros encargados de esparcir la verdadera fe, y en verdad que habían de ser impulsados por una fuerza singular aquellos apóstoles que supieron adaptar quinientos millones de hombres á las formas exteriores del budhismo. Hasta en el Pamir, en Tach-kurgan, el « Pierre-mont », donde en todo tiempo se han detenido los viajeros y peregrinos, se han descubierto los vestigios de un antiguo *stupa* que se supone constituido por Açoka<sup>1</sup>.

Pero en la misma península de la India desapareció casi completamente el culto de Budha, sin duda por medio de algunas pe-



Museo Guimet.

Cl. Giraudon.

SURYA

también llamado Savitar ó Savitri, dios del Sol.

<sup>1</sup> A. Stein, *Report on a Journey of... Exploration in Chinese Turkestan.*

queñas persecuciones, aunque efectuadas de una manera muy pacífica. Sin embargo, los efectos de la revolución social y moral producida por el quebrantamiento temporal de las castas habían sido tan poderosos, que renovaron la sociedad entera. En virtud de aquel enérgico llamamiento á la individualidad humana, se vió por todas partes erigirse hermosos templos ornados con estatuas, y elegantes dagobas coronaron las cimas de las rocas y de las montañas. La poesía y la ciencia tuvieron entonces su gran época: Panini compuso su gramática, que llegó á ser el modelo de todas las otras obras del mismo género, y los rapsodas empezaron á cantar los 220000 versos del inmenso Mahabharata. El mismo hábito de dulzura infinita que había inspirado al Budha también penetró en los poetas, quienes nos presentan á Yudichtira forzando á los dioses á que admitan su perro en la mansión de los bienaventurados: se niega á entrar en ella sin él, prefiriendo continuar la vida en su compañía en el mundo de las luchas y de las angustias humanas. Más aún, Yudichtira, en su maravilloso poder de bondad libertadora, ¿no llega hasta conseguir que desciendan los dioses del cielo para iluminar las tinieblas del infierno y cambiar en goces los suplicios de los malos? Gracias á él el mismo lugar de las eternas torturas se convierte en la mansión dichosa<sup>1</sup>.

En cuanto Budha fué admitido en el panteón brahmánico, acabó su misión sobre la tierra: no hubo ya razón alguna para conservar en su nombre unas ceremonias especiales que, por otra parte, se confundían con las de los mil cultos de la India, y que los teólogos libres podían explicar á su fantasía en uno ó en otro sentido. Allí está el ejemplo del Nepal para demostrarnos que hasta la supuesta religión búdhica, enseñada por misioneros pertenecientes á la raza privilegiada, no es otra cosa que el brahmanismo gangético. Sin embargo, la isla de Ceylán, que contrasta naturalmente con la India peninsular, á la vez por diversos rasgos del suelo, de los habitantes, del lenguaje y de las costumbres, difiere también de la gran tierra por la conservación de antiguas formas religiosas tenidas por búdhicas, pero comparables por la autenticidad de ori-

<sup>1</sup> Eichhoff, *Poésie héroïque des Indiens*, ps. 295 y sig.

gen al famoso «diente de Budha», simple canino de carnívoro que se conserva en el templo del pico de Adam.

El mismo movimiento de emigración que había hecho descender los Arios primitivos de las altas tierras del Afganistán á la cuenca del Indo, continuó igualmente de siglo en siglo, modificando incesantemente los cultos y las costumbres. Únicamente desde ese punto de vista puede concederse valor histórico á la leyenda referida por Ammien Marcellin, según la cual Hystaspes ó Vistaspas, padre de Darío, penetró en la India superior «para explorar sus comarcas secretas» y visitar los Brahmanes en el «silencio augusto de los bosques»; con ellos estudió el movimiento del mundo y de los astros, escrutó el «ritual de los sacrificios», aprendió los «misterios de la magia»<sup>1</sup>. Esta leyenda indica al menos que no habían cesado de existir relaciones entre los Arios de las mesetas de Occidente y los de las llanuras orientales, y que los dos cultos llegados á su desarrollo eclesiástico, el zoroastrismo y el brahmanismo, tuvieron ocasiones de penetrarse mutuamente<sup>2</sup>.

Se puede citar otro indicio de estas relaciones. Está generalmente admitido — aunque no por todos los indianistas, — que poco tiempo después de Budha, la escritura estaba á punto de esparcirse entre los pueblos de la India; una recopilación, verdaderamente de la época, el *Jalita Vistara*, enumera 64, y, en una traducción china, 65 especies de escrituras. Entre ellas hay una que lleva el nombre de Kharosti, es decir, de «labios de asno», probablemente un equívoco que suscita el recuerdo de Ciro, el Khusrau de la historia persa, considerado en su propio país como un «mulo» porque su madre, que era Meda, era esposa de un Persa<sup>3</sup>. Es un hecho constante que cuando se introducen nombres propios en una lengua extranjera, el pueblo los altera gradualmente para darles una significación. Sería, pues, en los tiempos en que Ciro extendió su dominación sobre las comarcas limítrofes de la India nord-occidental cuando los Persas introducirían en la Península su forma de escritura con una parte de su civiliza-

<sup>1</sup> Ammien Marcellin, lib. XXIII, c. VI, §§ 32 y 33.

<sup>2</sup> Brunnhöfer, *Vom Aral bis zur Ganga*, p. 164.

<sup>3</sup> Herodoto, *Historias*, I, I, 55.